

Editorial

37

¿Existen, todavía, las ciencias humanas? ¿O han llegado finalmente a quedar reducidas a mero territorio de debates ideológicos?

Sin duda, la ideología está en todas partes. Pero corresponde a la ciencia tratar de frenar su presencia, hacer espacio a la observación desapasionada y desprejuiciada de los hechos, permitir que las teorías ensayen sus abordajes de acuerdo con criterios de racionalidad no sometidos –o al menos no aplastados– por las creencias que dominan el paisaje de su tiempo.

Por eso, nada indica mejor la desaparición de la ciencia en un ámbito de pensamiento que la incapacidad de los que lo profesan de procesar los nuevos hechos que emergen en su campo de estudio.

Es difícil encontrar hoy una prueba más evidente de ello que la que se manifiesta en la negativa de sociólogos y psicólogos, de antropólogos y psicoanalistas, a percibir el dato que el Instituto Nacional de Estadística ha hecho público recientemente y según el cual en el 2015 se producirán más defunciones que nacimientos en España.

Sólo los economistas le han prestado algo de atención, dada su evidente relevancia por lo que a la viabilidad de las pensiones del futuro se refiere y, de manera más amplia, sobre sus inevitables efectos globales sobre el crecimiento.

Los demás –sociólogos y psicólogos, antropólogos y psicoanalistas, pero también filósofos–, siguen mirando hacia otro lado. Como si el asunto fuera irrelevante y no tuviera nada que ver con ellos. Lo que choca, sin embargo, con la rapidez con la que felicitan a sus colegas ecologistas cuando estos detectan el decrecimiento de la población de cualquier especie animal.

¿No sería, por el contrario, obligado comenzar a pensar un hecho como éste en términos de enfermedad social? ¿No deberían los psicólogos y los psicoanalistas interrogarse sobre lo que a toda luz parece una falla central en el plano del deseo? ¿No deberían sociólogos y antropólogos preguntarse por el malestar que lleva a una colectividad a reorientarse en el sentido de su extinción biológica?

Sucede que las ideologías y sus prejuicios lo hacen imposible entre una intelectualidad especialmente timorata, cuyos miembros están casi siempre más preocupados de qué se dirá de ellos que de levantar acta y convertir en pensamiento los nuevos hechos que la realidad deposita delante mismo de sus ojos.